

Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Frónesis-Cátedra, 2004. 188 páginas.

Jairo Estrada Álvarez

*Profesor Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia*

Miguel Ángel Cabrera es un historiador español, profesor de la Universidad de La Laguna. Cabrera es reconocido por sus contribuciones a la formulación de una nueva teoría de la historia y hace parte de una nueva generación de historiadores españoles que ha intentado una ruptura con la historia social y la historia sociocultural, especialmente. Además de la obra que aquí se reseña (que puede ser considerada como su principal contribución hasta el momento), Cabrera editó *Ayer y Más allá de la historia social* (2006), y coordinó junto con Marie McMahon la publicación de *La situación de la historia: Ensayos de historiografía* (2002), libro en el que presentó el trabajo “La situación actual de la historia: Un paisaje cambiante”. Asimismo, ha publicado otros trabajos en varios libros de compilaciones y revistas, entre otros, “La crisis de la modernidad y la renovación de los estudios históricos”¹ e “Historia y teoría de la sociedad: Del giro culturalista al giro lingüístico”.²

Historia, lenguaje y teoría de la sociedad fue publicada en 2001 y tiene entretanto una reimpresión de 2004 de la misma editorial. Según el propio autor, se trata de un “ensayo de historiografía”, en el que se aborda la evolución teórica en el campo de los estudios históricos durante las últimas dos décadas (anteriores a la publicación del libro) para concluir que se estaría produciendo el surgimiento de una nueva teoría de la sociedad. Ese cambio de paradigma en curso, que además estaría apenas en su fase inicial, sería de tal trascendencia que es comparable con aquel ocurrido mediante la superación de la “historia tradicional” por parte de la “historia social”. Cabrera se traza el propósito de “exponer los términos en que se está llevando a cabo esta nueva reconstrucción historiográfica de la teoría social, de calibrar implicaciones prácticas para el análisis histórico y de ofrecer una primera y sumaria descripción de la emergente teoría de la sociedad” (p. 12).

La tesis central del libro de Cabrera consiste en la afirmación de que habría surgido una “nueva historia”, cuyo origen se encontraría en la crisis de la historia social y del modelo dicotómico, objetivista, en que ésta se basa. Sobre la puesta en duda de la relación de causalidad entre la realidad objetiva y la esfera subjetiva o cultural, e incluso de tales instancias, el autor sostiene que la sociedad estaría gobernada por una lógica causal diferente, que sólo podría ser explicada precisamente

¹ *Repensar la historia de la educación: Nuevos desafíos, nuevas propuestas*, coord. Manuel Ferraz Lorenzo (Madrid: Biblioteca Nueva, 2005).

² *Lecturas de la Historia: Nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*, coords. Ignacio Peiró Martín y Carlos Forcadell Álvarez (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2002).

a partir de una ruptura paradigmática. Los intentos por una lectura más flexible de esa relación de causalidad, el “aflojamiento” del determinismo, la creación de suplementos conceptuales *ad hoc* (con los desarrollos de la historia social y el advenimiento de la historia cultural), resultarían insuficientes para dar cuenta de la nueva realidad que enfrentan los estudios históricos, en un contexto de “crisis de la modernidad”. Cabrera advierte precisamente que esta última conlleva una crisis de los paradigmas historiográficos, una desnaturalización de los conceptos analíticos, y afirma que las categorías modernas han resultado ser no representaciones objetivas de la realidad social, sino sólo efectos de cierta organización significativa de ésta. Hacia la consideración de tal organización (y con ello a la formación histórica de los conceptos) es que debería desplazarse la investigación histórica. En suma, de lo que se trataría sería del tránsito de la historia social y de la historia tradicional a la “nueva historia”, a la “historia discursiva”, a la “historia postsocial” (todas ellas distintas categorizaciones de un mismo proceso). La descripción de los rasgos fundamentales de esa “nueva historia” constituye el eje central de la obra.

Historia, lenguaje y teoría de la sociedad posee una estructura lógica en la que se asciende de la constatación de una crisis de la historiografía precedente a la formulación y exposición detallada de las bases teóricas y metodológicas de un “nuevo paradigma”. En efecto, en el capítulo primero, Cabrera hace una presentación de las principales corrientes historiográficas del último siglo, considerando tanto la “historia tradicional”, como la “historia social” y las principales transformaciones a que ésta se ha visto sometida con el surgimiento de la “historia sociocultural” y los desarrollos más recientes de ésta. En el segundo capítulo, el autor aborda la crítica de lo que él denomina el “modelo dicotómico” y formula los fundamentos conceptuales (más generales) de la “nueva historia”, que luego —en los capítulos tercero al quinto— serán expuestos en forma más detallada, acompañados e ilustrados con ejemplos de investigación histórica. En el capítulo de conclusiones, Cabrera reafirma las tesis centrales sostenidas a lo largo del libro.

Con miras a una mejor comprensión de lo que representaría la nueva historia, Cabrera presenta las que a su juicio podrían ser consideradas como las principales tendencias de la disciplina histórica a lo largo del último siglo, pero centrándose en el período de la década de 1960 en adelante. El autor constata el abandono de la política institucional (“historia tradicional”) como objeto de estudio y el desplazamiento del interés analítico hacia fenómenos sociales y económicos (“historia social”); el tránsito, por tanto, de un paradigma fundado en el sujeto a un paradigma basado en la sociedad. Independientemente de sus variantes (materialismo histórico-*Annales*), la historia social se habría edificado sobre una premisa teórica básica, la del llamado modelo dicotómico: la esfera socioeconómica constituye una estructura objetiva portadora de significados intrínsecos que dispondría de un mecanismo de funcionamiento con completa autonomía; la subjetividad de los individuos es una representación de su ser social; sus acciones están determinadas

por sus condiciones materiales y por la posición que ocupan en las relaciones sociales; “en todos los casos se concibe la sociedad como una unidad sistémica constituida por una serie de estratos dispuestos verticalmente y regidos por una jerarquía causal que garantiza una correspondencia básica de los estratos superiores respecto de los inferiores” (p. 22-23). Cabrera advierte sobre los límites mostrados por este paradigma y muestra la aparición de actitudes críticas frente al modelo objetivista, expresadas en el surgimiento de la “historia sociocultural”, en lo que ha dado en llamarse el “giro subjetivista” o “culturalista”. Reconociendo los desarrollos de la historia social, la flexibilización del vínculo de determinación entre contexto social y conciencia, la aceptación de la autonomía relativa de la cultura, el papel activo de los individuos en la producción de significados, la reconceptualización de las relaciones sociales con la incorporación de la noción de experiencia y representación, entre otros, Cabrera afirma que pese a todo ello, la historia seguiría atrapada por el modelo dicotómico (ahora flexibilizado, más blando). Las posibilidades para su desarrollo se encontrarían en la superación de ese paradigma, que ya habría mostrado sus límites con creces y sería incapaz de dar cuenta de las nuevas tendencias historiográficas, en un contexto de crisis y de redefinición general de los paradigmas teóricos de la modernidad, que obviamente abarcaría el campo de la historia. De ahí, entre otras, la necesidad de una crítica al modelo dicotómico.

La crítica al modelo dicotómico por parte de Cabrera se basa en la tesis de que la esfera social no sería una entidad de carácter objetivo o estructural y, por tanto, no existiría semejante conexión causal entre la posición social de los individuos y su práctica significativa. Tal práctica tendría otro origen. En la perspectiva del autor, “las condiciones sociales solo devienen estructurales y empiezan a operar como factor causal de la práctica una vez han alcanzado alguno tipo de existencia significativa, y no por su mera existencia material” (p. 48).

En ese sentido, el autor advierte sobre la existencia de una esfera social específica dotada de una lógica histórica propia. Para designar tal esfera, estaría precisamente la noción de discurso (o narrativa o metanarrativa), que se constituye además en el fundamento explicativo de la “nueva historia”. El discurso daría cuenta no de los significados que los individuos dan a la realidad social, sino más bien del cuerpo de categorías y reglas de significación que permiten dicha operación. A juicio de Cabrera, la novedad teórica consistiría precisamente en que tal cuerpo categorial constituiría una esfera social específica, en la que el discurso operaría, a) como un sistema de significados (los significados que la realidad adquiere al ser conceptualizada no están previamente inscritos en, ni están determinados por, la realidad misma, sino que dependen del cuerpo categorial aplicado a cada caso), y b) en la configuración de procesos históricos como una auténtica variable independiente. “Esta doble afirmación representa la piedra angular de la emergente teoría de la sociedad y del nuevo paradigma historiográfico” (p. 52). Con esa

noción de discurso, se daría cuenta del hecho de que “las personas experimentan el mundo, entablan relaciones entre sí y emprenden sus acciones desde el interior de una matriz categorial que no pueden trascender y que condiciona efectivamente su actividad vital” (p. 53).

Tras esa noción del discurso se encontraría, por otra parte, la adopción de un nuevo concepto de lenguaje, en el que se distingue entre el entendimiento convencional del lenguaje como medio de comunicación y el lenguaje como patrón de significado. La nueva historia basaría en este último y no sólo en el primero su teoría de la sociedad. Según Cabrera, esa distinción “constituye el motor teórico primordial de la actual reorientación de los estudios históricos y, en consecuencia, su mayor o menor aceptación ha devenido, en los últimos tiempos, auténtica pieza de toque para caracterizar y clasificar a los historiadores” (p. 55). Por otra parte, ese concepto de lenguaje habría tenido como consecuencia primordial la formulación de una nueva teoría de la producción de significados y por tanto de la formación de la conciencia. Ello implicaría que el dualismo realidad-conciencia del modelo dicotómico sería reemplazado por la tríada realidad-discurso-conciencia.

Con la formulación del concepto de discurso y de una teoría de la producción de significados se produjo una nueva concepción de la acción social, que representaría igualmente un quiebre frente a la concepción del modelo dicotómico, en la que ésta aparece igualmente como una derivación. Consecuente con su perspectiva de análisis, Cabrera señala que las acciones de los individuos dependen de la forma en que la posición social haya sido discursivamente conceptualizada.

Determinados los mecanismos de la formación del discurso y de la producción de significados, la atención del autor se desplaza a la explicación de la dinámica y el cambio de los discursos. Aunque parezca paradójico, en este aspecto bien podría considerarse en Cabrera un cierto “enfoque dialéctico”; los discursos se encuentran en movimiento, colisionan y coexisten con otros, se agotan, son superados, etc. En la base de los movimientos discursivos se encontrarían los cambios operados en la relación entre matriz heredada y cambios sociales (¿otro tipo de determinismo?); lo que desafiaría los discursos no sería el mundo, sino otros discursos, la infinitud del campo de la discursividad.

Como resulta obvio, la formulación del nuevo paradigma representaría un cambio en la orientación de los estudios históricos. El objetivo propio del modelo dicotómico, consistente en determinar el grado de adecuación entre las instancias fundamentales (esfera objetiva-esfera subjetiva), sería desplazado por un enfoque que demandaría identificar el patrón categorial en cada caso, develar el proceso de mediación discursiva y evaluar sus efectos sobre las relaciones sociales. En este sentido, la historia devendría en historia de las formaciones discursivas, en el abordaje de la formación de los propios conceptos y de las relaciones que se configuran entre ellos.

La obra se apoya en una juiciosa revisión bibliográfica, principalmente de quienes a juicio de Cabrera podrían ser considerados como exponentes de la “nueva historia”. Se trata en especial –aunque no de manera exclusiva– de autores norteamericanos, cuyos trabajos se han venido publicando desde la segunda mitad de la década de 1980, y sobre todo a lo largo de la década anterior. Como referentes de Cabrera se destacan, entre otros, Joan W. Scott, William Sewell, Margaret Sommers (norteamericanos), Patrick Joyce y Chantal Mouffe (ingleses) y Ernesto Laclau (argentino).

En *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad* debe destacarse el intento –muy bien logrado– de presentar de manera sistemática, organizada y coherente los principales presupuestos teóricos de lo que el autor ha denominado la “nueva historia”. Al parecer, se trata de un primer esfuerzo en ese sentido; ese solo hecho le agrega valor a la obra y la coloca como un referente ineludible al momento de examinar las corrientes historiográficas actuales. Merece reconocimiento, igualmente, el hecho de que la formulación de ese nuevo paradigma se haya elaborado a partir de múltiples fragmentos (teóricos) suministrados por diversos autores seleccionados por Cabrera; al mismo tiempo, no obstante, eso que pareciera ser una virtud, puede constituirse en un límite de la obra, pues conlleva la pregunta sobre la conveniencia de ese proceder para efectos de formular la tesis sobre una nueva corriente historiográfica. Aunque el autor en cierta forma lo advierte, no es claro cómo se sentirían los autores referenciados frente a la interpretación y sistematización de fragmentos de su obra. En ese sentido, se podría hablar de una formulación de paradigma más bien forzada, según la intencionalidad del autor.

Por otra parte, aunque en la obra se encuentran valiosos elementos para la crítica de los paradigmas que en mayor o menor medida estarían “capturados” por el modelo dicotómico, considero que Cabrera no logra demostrar la superioridad analítica de su “nueva historia”; sin que ello signifique que a ésta no se le reconozcan nuevas perspectivas de análisis. Si siguiéramos la perspectiva teórica propuesta por el autor, con la nueva historia habría un intento por posicionar otro discurso; la nueva historia representaría en ese aspecto una de las formas de organización significativa, de las varias que puede contener una formación discursiva. A la luz de las tendencias teóricas, aún está por considerarse la consistencia de largo plazo de las tesis que tienen como fundamento al posestructuralismo. La crisis de la modernidad también ha producido reelaboraciones teóricas en ese mismo campo que no se pueden simplificar como simples “suplementos conceptuales *ad hoc*”.